



Alicia Giménez
Bartlett **La mujer
fugitiva**



DESTINO

El nuevo caso de Petra Delicado

La mujer fugitiva

Alicia
Giménez
Bartlett

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1627

© Alicia Giménez Bartlett, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: enero de 2024

ISBN: 978-84-233-6446-6

Depósito legal: B. 20.296-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



I

Era un primer interrogatorio un tanto dificultoso. El tipo no paraba de llorar. Llevamos a término todos los protocolos aconsejados ante los excesos emocionales: le rogué que se serenara utilizando mi voz más dulce. Le alargué un pañuelo desechable. Garzón le ofreció café. Incluso le insinuamos que, haciendo una excepción, podía encender un cigarrillo aun estando en comisaría. No fumaba, no quiso café y llevaba su propio paquete de pañuelitos. Lo único a lo que parecía dispuesto era a seguir llorando con desconsuelo. Ni el subinspector ni yo somos dos monstruos. Nadie podrá acusarnos de no respetar la sensibilidad de los testigos. Pero de aquel hombre esperábamos algo más que un simple testimonio. Las circunstancias lo hacían en principio sospechoso. En principio, nada más, porque justo al principio del caso nos encontrábamos. Hacía sólo tres horas que se había procedido al levantamiento del cadáver.

Christophe Dufour, ciudadano francés residente en España. Treinta y ocho años. Documentación en regla. Ocupación: restaurador. A falta de informes

forenses más extensos, sabíamos que había sido asesinado de un par de certeras cuchilladas con un cuchillo grande y afilado. Sucedió de madrugada, mientras dormía apaciblemente en su *food truck*.

—¿Su qué? —preguntó Garzón exagerando el tono de la curiosidad.

—Ya sabe, subinspector, esas furgonetas que elaboran y venden comida. Ahora están muy de moda, son un fenómeno mundial.

—¿Y va a escribirlo así en los informes, *fud trac*?

—Es que si lo traducimos queda fatal. ¿Furgoneta de comida, camión restaurante?

—Pues a mí lo de *fud trac* me parece una majadería.

Le prometí buscar una alternativa hispana que no ofendiera su ortodoxia lingüística. El subinspector era así, capaz de ponerse melindroso con cuestiones adyacentes cuando los problemas que nos acuciaban eran de primer orden. Y en aquel caso lo eran: no existían pistas iniciales de las que pudiéramos ir tirando ni tampoco testigos. Si estábamos intentando interrogar a aquel plañidero contumaz no era porque de entrada existiera nada en contra suya. Simplemente Eduardo Castillo era amigo y socio de la víctima —y como tal, algo debía de saber, o yendo un poco más allá, algo podía haber hecho.

—Señor Castillo, por favor. Si no se contiene un poco no podemos hablar, y está usted aquí justo para eso, para hablar.

—¿Y no podemos dejarlo para mañana? A lo mejor ya estoy un poco más entero.

—No, es importante que sea ahora.

—¿Por eso de que las primeras cuarenta y ocho horas después de un crimen son las más importantes para investigar?

—Más o menos —respondí, pero al comprobar que Castillo había abandonado el desvarío lacrimógeno y hacía preguntas de aficionado a la sección de sucesos, el subinspector perdió la paciencia.

—A ver, Eduardo, tiene usted cuarenta años. A su edad, uno ya controla los lagrimales, así que no nos haga perder más tiempo y conteste a nuestras preguntas.

—Pero si todavía no me han hecho ninguna —dijo con la inocencia de un niño de pecho. Llevaba razón. En ese momento comprendí que el tal Eduardo era un hombre bastante especial y que, entre eso y el dichoso *food truck*, también aquel caso se presentaba como algo fuera de lo corriente. No me equivoqué.

Eduardo Castillo Montes. Cuarenta años justos, lo que hoy en día se considera «un joven» y años atrás se denominaba un hombre en la madurez. Soltero. Natural de Madrigal de las Altas Torres, pero trasplantado a Barcelona desde tiempo inmemorial. Estudios de Psicología que había abandonado en segundo curso. Por fin, aquel «sospechoso» tomó la palabra, y hubo momentos en los que pensé que lo prefería llorando a perorando. Era tan caudaloso en su expresión verbal que, tras preguntarle, nos veíamos obligados a cortar sus discursos cada dos por tres.

—Éramos los mejores amigos. Uña y carne. Christophe era la uña porque aunque más joven que yo, era más duro y más resistente ante las adversida-

des. Yo, la carne, porque todo puede herirme con facilidad. Hace tres años que empezamos con este negocio. Nuestra sociedad hubiera podido convertirse en una olla de grillos. No sé si ustedes están familiarizados con el funcionamiento de un *food truck*, pero ya pueden hacerse una idea. El espacio para cocinar es pequeño. La mayor parte de las veces uno cocina y el otro sirve al mismo tiempo. Si no estás muy bien avenido, pueden saltar chispas a la menor ocasión. Pero entre nosotros no hubo chispas jamás. Christophe hacía las especialidades que no había acabado de preparar la noche anterior y yo servía a los clientes sin el más mínimo estrés. Nuestra gastronomía, francesa en general, pero también con toques de «fusión», gustaba muchísimo y...

—¿Vivían ustedes juntos? —fue mi primera interrupción.

—Como estaba diciéndoles, la vida en el negocio del *food truck* tiene un cariz especial en muchas cosas. Por ejemplo, en cómo nos alojamos este tipo de empresarios. En nuestro caso...

—Lo que quiero saber es si existía una relación sentimental entre la víctima y usted.

—¡No, para nada, ni hablar! Los dos somos heteros y entre nosotros sólo había amistad. Además, como iba a decirles, por nuestra especial forma de vivir, ni siquiera compartíamos el mismo techo. Nuestra furgoneta está acondicionada para que una persona pueda dormir con comodidad. Cuando llegábamos a un lugar para trabajar, uno de los dos tomaba una habitación en un hotel y el otro se quedaba en el vehículo. Nos turnábamos, un día él, otro

yo. Así podíamos ducharnos y, al mismo tiempo, el que se quedaba vigilaba para que no sufriéramos robos ni vandalismos y...

—¿Es ese tipo de alojamiento lo habitual? —preguntó Garzón.

—Hay de todo, cada uno se lo monta como puede. A nosotros nos iba bien así porque...

—¿Dónde se conocieron?

—Comiendo en la barra de una cafetería. Habíamos pedido los dos el mismo plato, y como estaba infame, nos pusimos a despotricar en voz muy baja y entonces...

Mi paciencia empezó a flaquear.

—Eduardo, ¿podría ser más concreto en sus explicaciones?

—No la entiendo, pero si estoy concretando muchísimo.

—Eso está claro, concreta usted mucho y habla muy bien, con mucha propiedad. Lo que quiero decir es que no sea tan prolijo en sus explicaciones, que vaya más al grano de lo que nos interesa.

—Lo intentaré.

Talmente, parecía que estaba disfrutando del interrogatorio, que superada la fase de lágrimas, se sentía el protagonista de una representación teatral. «Individuo curioso», volví a pensar.

—Hábleme de Christophe. ¿Tiene familia?

—No creo. Era la persona más solitaria del mundo. Nunca me dijo que tuviera familia.

—¿Novias, relaciones sentimentales?

—Era más bien de ligue puntual.

—¿Usted conocía a alguno de sus ligues?

—Sí y no.

—¿Puede ser más explícito?

—¡Es que tengo miedo de pasarme, inspectora! Después del corte que acaba de pegarme...

—No es nada personal. Usted quiere que aparezca el asesino de su amigo, ¿verdad? Pues al hablar, piense en lo que puede ayudarnos a descubrirlo y en lo que no.

Suspiró resignado. Llevaba un mono tejano y un grueso jersey de lana. Desgarbado, de estatura media. Flaco, con nariz prominente, pelo lacio y pequeños ojos vivaces. Tenía una pinta divertida, un poco infantil.

—Yo conocía a los ligues que a veces hacía entre las clientas, era un hombre guapetón, tenía éxito con las mujeres. Pero cuando digo conocía quiero decir que las había visto. Él nunca me las presentó ni me hablaba de detalles. Era muy reservado.

—¿No le habló de su pasado?

—No demasiado. Había nacido en París, dio muchas vueltas por el mundo, había trabajado en un buque carguero, en una agencia china de importación y exportación.

—¿Y luego se hizo cocinero?

—No sé si era cocinero profesional con estudios y todas esas cosas, pero cocinaba muy bien.

—¿Les funcionaba su negocio desde el punto de vista económico?

—Sí, estábamos ganando bastante dinero. La historia de los *food trucks* es una moda en expansión. No nos perdíamos una feria, ni una concentración deportiva... Cada vez teníamos más contactos, nos

avisaban desde los ayuntamientos por si queríamos reservar plaza en algún evento. Todo nos iba muy bien. La idea era ahorrar hasta poder poner un restaurante convencional. Al final, todos nos aburguesamos y pensamos que echar raíces y vivir como la gente corriente es lo ideal a partir de cierta edad, aunque probablemente cometemos un error.

Bajó la vista y se quedó pensativo.

—¿Tiene usted idea de quién ha podido matar a su socio, alguna sospecha, alguna teoría?

—Nadie robó nada, inspectora. Chris no tenía amigos, pero tampoco enemigos. ¿Qué le puedo decir? Un loco, un desalmado, alguien de otro planeta... No lo sé.

—Puede irse.

—¿Ya no hablamos más?

—Si el asesinato de su amigo no se resuelve en cuarenta y ocho horas, hablaremos muchas más veces, ya verá.

Garzón me comentó que aquel sujeto lo ponía de los nervios. Lanzó su teoría sobre el tipo de testigos en el que lo incluía. Según él, alguien que habla mucho e intenta dar toda clase de detalles que no se le han pedido oculta algo. El bosque verborreico tapa el hallazgo concreto. La teoría no era mala, tampoco nueva, pero presentaba dificultades para darla por buena en esta ocasión. Primero: el testigo puede ser una persona que en cualquier circunstancia se exprese a lo grande, y segundo: no todo lo que pudiera querer ocultar el testigo verboso sería necesariamente un delito. Yo siempre había sido más partidaria de pensar que aquel que mucho habla es porque tiene

poco interesante que decir, y eso incluía a testigos y ciudadanos en general. A mí, de entrada, Eduardo Castillo no me causaba sospechas de culpabilidad. Parecía sincero, y sus incontenibles lágrimas iniciales mostraban, desde mi punto de vista, un auténtico dolor. Pero ¿quién puede saber? Las capacidades actorales del ser humano no están medidas ni contadas, en especial ahora que todo el mundo anda enganchado a las series de televisión y puede ponerse a remedar a los protagonistas.

No resultaba muy claro por dónde debíamos empezar. Me había dejado llevar por los impulsos que habitualmente me acometen y antes de leer los pocos informes que había dado tiempo a que me presentaran, había decidido interrogar a Castillo. Así, el primer paso en las investigaciones también vendría dado por mi intuición. Al fin y al cabo, la intuición femenina es uno de los clichés menos pestilentes sobre las mujeres que circulan por ahí.

—Vámonos a la morgue, Garzón.

—¿Usted cree?

—¿Se le ocurre algún sitio mejor?

—¡Hombre, inspectora, tratándose de ese sitio... puede apostar a que sí! ¿Y no sería mejor empezar por el dossier que nos han preparado? No sabemos si ha aparecido un testigo en los últimos momentos ni las circunstancias exactas ni...

—¡Ya lo sé, ya lo sé! Pero quiero ver físicamente a la víctima e imaginármela a dúo con Castillo.

—El dúo del *food truck*, parece un grupo musical, aunque uno de los componentes va a tener pocas oportunidades de cantar.

—Nunca se sabe, Fermín, ¿no dicen que los muertos también hablan?

—Pero nadie ha dicho nada de que canten.

A aquellas alturas de mi vida profesional, alturas que empezaban a producirme vértigo, entrar en la morgue no me causaba la misma impresión que en mis inicios. Sin embargo, un cierto respeto siempre se dejaba notar. Allí moraban los muertos en tránsito hacia su final definitivo; de modo que visitarlos era una especie de rito social. El forense encargado del difunto francés se puso muy nervioso cuando nos vio. Empezó a pergeñar excusas antes de que le pidiéramos ninguna explicación: era demasiado pronto, había otros cadáveres en lista, una autopsia no es cosa de un ratito como nosotros sabíamos muy bien... Cuando le dije que sólo pretendíamos saludar al cadáver, su nerviosismo aumentó. Aquel era un ejemplo evidente de por qué detesto relacionarme con personas sin sentido del humor. El subinspector acabó de liar la situación preguntándole de modo tajante: «Pero ¿ya lo ha rajado o no?». El galeno, que era joven y carente de experiencia en el trato policial, me miró como preguntándome quién era aquel cavernícola que me acompañaba, y luego su mirada se convirtió en una petición: «¡Por Dios, aléjelo de mí!».

—Doctor Rosselló, lo único que queremos es echarle una mirada al cuerpo para ver qué aspecto tiene, nada más. Luego esperaremos el resultado de la autopsia, que cuando llegue bienvenida será. ¿Podrá permitirnoslo, por favor?

Nos llevó con notable fastidio hasta la sala y abrió

el cajón frigorífico correspondiente con un gesto furtivo que parecía esperar alguna acción imprevisible por nuestra parte. ¿Qué temía, que secuestráramos el cuerpo? Sin separarse demasiado de nosotros, se instaló en un segundo plano para observar lo que hacíamos. Me volví serenamente hacia él:

—¿Podría dejarnos a solas, por favor? Es que necesitamos tener una charla confidencial con el muerto.

Se largó por fin. Imaginé perfectamente lo que les diría aquella noche a sus amigos o a su mujer: «Han aparecido dos de la bofia diciendo insensateces y me han hecho pasar un mal rato, de verdad». Antes de centrarme en mirar el cadáver, mi mente dio un rodeo pensando en la cantidad de tiempo que te hacen perder las relaciones humanas. Testigos charlatanes, forenses desconfiados..., si eran ciertas las predicciones de que el mundo acabaría dominado por robots, tal extremo debía considerarse como una absoluta bendición para el trabajo.

El cuerpo de Christophe Dufour era impactante: alto, fuerte, compacto, de grandes manos y pies. En su cara pálida resaltaba una barba pelirroja, color idéntico al de su abundante cabello. Los rasgos, algo alterados por la muerte, eran regulares, varoniles, casi nobles, me atrevería a decir. Debió de haber sido muy atractivo para quien gusta de los hombres tipo nórdico, tirando a vikingo. Garzón, como en el fondo tampoco comprendía qué demonio hacíamos allí, me preguntó bisbiseando:

—Y bien, inspectora, ¿qué le parecen las puñaladas?

Ni siquiera me había fijado en las heridas, pero sí, allí estaban, cárdenas y regulares junto al corazón.

—Unas puñaladas limpias y directas.

—Pues me pregunto qué especie de animal pudo pegárselas, porque este tío es un cachalote. El asesino debía tener una fuerza tremenda. Eso nos descartaría a una mujer.

—Descarte sólo a los niños, Fermín, y no porque no tengan instintos asesinos, que cada vez van a más. Hay mujeres muy fuertes.

—No se defendió.

—El asesino lo sorprendió, o se conocían o se plantó de improviso ante él. Y fue directo al corazón, con buena puntería. Pero eso ya nos lo contará la autopsia con más precisión.

—Entonces, ¿qué es lo que le interesaba ver, inspectora Delicado?

—Lo que quería ver ya lo he visto. Ahora me hago una idea perfecta de cómo era el dúo del *food truck*.